

Raymond Carr: el predicamento del historiador

Joseba Louzao Villar

Centro Universitario Cardenal Cisneros (Universidad de Alcalá de Henares)

E-mail: joseba.louzao@cardenalcisneros.es

Recibido 18 de agosto de 2015

Aceptado 25 de agosto de 2015

RESUMEN: ¿Quién fue Raymond Carr? ¿Un hispanista británico? o ¿un historiador británico de la España contemporánea? Tales cuestiones, en el año de su fallecimiento, son el motivo para dar cuenta del perfil de este historiador afincado en un *college* de Oxford. Su interés alejado de todo «sentimentalismo» muestra el rigor histórico por la historiografía de España, especialmente, en los años de su transición hacia la instauración de la democracia.

PALABRAS CLAVE: historiografía, Premio Príncipe de Asturias, hispanista, historia de España, Oxford.

A Raymond Carr (1919-2015) no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Quizá por esta razón fue el *warden* (un concepto que podríamos traducir por rector) de un *college* oxoniense que trabajó a destajo, y a «trast tiempo», durante los calientes años de una guerra no tan fría, guiado por el ánimo de estudiar algunos de los temas más delicados y polémicos en aquel momento (Rusia, Oriente Medio, Latinoamérica, entre otros). Carr tampoco tuvo dudas al embarcarse en un proyecto historiográfico que pretendía narrar el siglo XIX español, salvando controversias vivas en aquel ayer a partir del uso

concienzudo de fuentes primarias y secundarias. Era un momento en el que muy pocos se atrevían a ello como causa de la aversión que tenía el dictador por la tradición liberal que se desarrolló en aquellas décadas de la historia española. Por estas razones y muchas otras más, la honestidad provocadora, irónica y solvente de Carr ha sido merecedora de múltiples elogios a lo largo de su completa trayectoria profesional. Como recordaba su biógrafa y discípula María Jesús González Hernández –profesora en la Universidad de Cantabria–, le gustaba afirmar: «¡soy un ateo

comprometido, por el amor de Dios!»¹.

Maestro de maestros, Carr murió a los 96 años en abril de este año. Desde entonces, evidentemente, la historiografía internacional se siente un poco más vulnerable. Y es que fuimos conscientes de que nos había abandonado uno de sus más grandes artesanos. Su síntesis *Spain, 1808-1939* (1966) marcó un hito junto al volumen *The Spanish Civil War* (1961) de Hugh Thomas, quien comenzó después una carrera como asesor político durante más de una década de la *premier* Margaret Thatcher. Este reconocido historiador de la España contemporánea recibió multitud de galardones a lo largo de su extensa vida. En 1987, la reina Isabel le nombraba caballero británico con el conocido título de *sir*

–el título que se concede a quien se ha distinguido en su profesión o conducta– y, unos años antes, también había obtenido la cruz del mérito de la Orden de Alfonso X El Sabio. Además, fue miembro de las Reales Academias Británica y de la Historia de España. En 1999, se le entregó el Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales por haber «aportado una visión global a la historia contemporánea, que ha ayudado a ver la historia española dentro de su contexto europeo, y que ha contribuido de manera destacada a la mejor comprensión tanto de la guerra civil como de la transición a la democracia».

Ellos, los que cambiaron nuestra historia

En 2012, Raymond Carr recogía en la embajada española de la capital inglesa el primer premio entregado por la Fundación Banco Santander a las Relaciones Hispano-Británicas. El jurado valoraba especialmente lo que consideraba era el gran «predicamento del historiador» en varias generaciones de historiadores. En efecto, el magisterio de Carr se ha dejado sentir a lo largo de medio siglo en ambos países. Como *warden* del St. Antony's College de Oxford, una institución académica a la

¹ Cf. M.^a J. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, *Raymond Carr: La curiosidad del zorro*, Galaxia Gutenberg, Madrid 2010. Dicho trabajo versa en una biografía necesaria para comprender el recorrido vital de este historiador e hispanista británico que siempre anhelaba dar un paso más allá, dejándose sorprender por lo que iba aprendiendo y descubriendo. Esta biografía ha enriquecido nuestro texto al igual que diferentes artículos realizados en ocasión de su fallecimiento. Se pueden encontrar fácilmente. Por la extensión y el límite de nuestro acercamiento al perfil de R. Carr, las hemos omitido.

que dedicó media vida, favoreció la creación del *Iberian Center*, que acogió a varias generaciones de jóvenes historiadores que, posteriormente, se consagraron a la disciplina. Por desgracia, tras Carr la presencia de la investigación ibérica desapareció del interés universitario oxoniense. Por el aquel mítico centro pasaron figuras historiográficas como Joaquín Romero Maura, Joaquín Varela Ortega, Juan Pablo Fusi, Charles Powell o Javier Tusell. De hecho, Romero Maura será el director del centro desde su creación hasta 1974 y Fusi lo condujo entre los años 1976 y 1980. Pero el impacto no se quedó en la Península. El impulso de Carr potenció la carrera de otros historiadores británicos de gran reconocimiento que, o acudieron o acabaron elaborando sus tesis doctorales con él, y conformaron lo que se denominó la «Escuela de Oxford». Piensen en autores como Martin Blinkhorn, Shlomo Ben Ami, Frances Lannon, Richard A. Robinson, Helen Graham o Paul Preston. Más o menos discutidos, es un larga nómina de profesionales que han marcado una época y que hay que tener siempre en cuenta a la hora de hablar del pasado español. Por ello, Raymond Carr fue algo más que un maestro de historiadores. Realmente estamos ante un maestro de maestros. Cuentan que facilitaba, gracias al

uso de una gran cercanía y hospitalidad, que sus alumnos no se sintieran menos que él en cualquier discusión académica aunque estuvieran ante una eminencia historiográfica. Y eso se nota en el exitoso recorrido posterior de la mayoría de ellos.

Oxford, húmeda y medieval a partes iguales, fue su hogar. La universidad donde se ha educado, por lo menos, a la mitad de la elite política británica y que se confunde con la ciudad que la acoge. Allí dedicó décadas de su vida a un *college* especializado en el estudio global y regional del desarrollo del mundo y de las relaciones internacionales, desde una perspectiva similar a cómo se estaban comenzando a hacer las cosas en Estados Unidos. St. Anthony's College tenía fama de ser la «universidad del espionaje» por su estrecha relación con los servicios de inteligencia británicos. Probablemente, fuera el lugar más internacional del campus. Fundado en 1950 por el legado del empresario francés Antonin Besse de Adén, entre 1968 y 1987, Carr fue rector del centro. Su sucesor fue el reconocido politólogo Ralf Dahrendorf. Algunas lenguas, tan insidiosas como desinformadas, quisieron verle detrás de un personaje de la novela *Todas las almas* de Javier Marías, un *warden* siempre enrojecido por el alcohol y entrado

en carnes, pero el propio escritor lo desmintió en *Negra espalda del tiempo*. Nada más lejos de la realidad. Carr trató en su *college* con los principales nombres de la política española del último medio siglo porque algunos destacados políticos, diplomáticos o economistas españoles pasaron por Oxford para participar en las sesiones de un foro organizado sobre la transición de España hacia la democracia. Hablamos, entre otros, de José María de Areilza, Alfonso Guerra, Manuel Fraga o José María Maravall. Era una ventana abierta a un mundo que deseaba conocer un país que salía de la noche del franquismo y daba sus primeros pasos en democracia. En esos momentos, España era algo más que un lugar de vacaciones exótico para la selecta y cosmopolita comunidad académica oxoniense, que pudo conocer de primera mano lo que estaba pasando.

Decir hispanismo es recorrer una historia de filias y fobias por doquier. Antes de este grupo plural de historiadores angloamericanos que transformaron la mirada sobre el paso español, había tres maneras de acercarse a España desde el exterior: profundizando en los mitos negativos de la Leyenda Negra; desarrollando planteamientos románticos sobre el territorio y sus gentes; o defendiendo el le-

gado del régimen y el pasado imperial construyendo una leyenda de color rosa. Ellos fueron los que aportaron la medida y la información académica que faltaba en las aproximaciones anteriores. Estamos hablando de gente como Gabriel Jackson, Hugh Thomas, Paul Preston, John Elliot, Ronald Fraser, Edward Malefakis o Stanley Payne (a los que habría que añadir a historiadores franceses como Pierre Vilar o Bartolomé Benassar). Ellos conformaron la edad de oro del hispanismo. Algunos se sintieron cómodos con esta caracterización y se reconocen orgullosamente como hispanistas, pero otros fueron mucho más críticos con el término. Entre estos últimos sobresale *sir* Raymond Carr, a quien nunca le gustó que se le definiese de tal forma. Creía que el concepto implicaba una «identificación emocional con el alma de España» que él nunca poseyó. Como si para estudiar el país se necesitaran unas especiales dotes psicológicas o cuasi-espirituales diferentes a las que se usaría un investigador en cualquier otro del mundo.

No es pequeña cosa en un país tan preocupado por su alma (o sus almas, si abrimos la mirada), ese peso de la identidad que nunca parece que sea leve. Las disquisiciones sobre el alma española siempre han estado entre

nosotros, de Albornoz a Ganivet, pasando por Unamuno, Galdós y tantos otros que descubrieron (y aún descubren) el punzante gusto por la sempiterna decadencia nacional. Carr sabía de lo que hablaba. Ya hubo a principios de siglo un hispanista, el psicólogo Henry Havelock Ellis, que utilizó esta caracterización sobre *el alma de España*, encerrada en el título de su particular cuaderno de viajes (1928): «España representa, ante todo, la suprema actitud de una manifestación primitiva y eterna del espíritu humano, una actitud de energía heroica, de exaltación espiritual, no ya enmascarada a fines de comodidad y medro, sino a los hechos fundamentales de la existencia humana. Esta es la España esencial que me he esforzado por penetrar en mis rebuscas». Carr jamás quiso ser un romántico de mirada estropeada. Lo que le llamó la atención del país en su primera visita a Torremolinos no fue su excepcionalidad, sino la pobreza opresiva en la que vivían los españoles. No hacía falta penetrar en su alma para recorrer el pasado español. Eso hay que tenerlo muy presente. En el fondo, Carr considera que la idea misma de la existencia de un hispanismo recogía una opinión generalizada, y reafirmada por la publicidad del régimen franquista, de que *Spain is different!* Hoy sabemos que eso

está muy lejos de la realidad, aunque la tentación de caer en «ese talante sentimental» aún sigue siendo un peligro al que se enfrenta el historiador que se dedica a la España contemporánea.

Ellos, los hispanistas que daban sus pasos por el pasado español a finales del franquismo y en los orígenes de la democracia, se convirtieron en un modelo para los que pretendían ejercer este oficio artesanal y consciente de la debilidad de unos mimbres anteriores que el franquismo había cercenado de raíz. El historiador oxoniense llegó a la historia española para normalizarla. Estos historiadores nos enseñaron a escribir la historia sin las rémoras del pasado. Carr, además, intentó escapar de las modas ideológicas que contaminan el pasado entre la añoranza de tiempos imperiales y veleidades *frentepopulistas* (y eso que su obra se leía, y gustaba, en ambos extremos del arco político español, que recogían de sus trabajos lo que les interesaba para defender su postura). En cualquier caso, como ha reconocido el propio Carr, el testigo lo tomaron varias generaciones de historiadores españoles que han continuado con la labor iniciada, revisando y normalizando nuestro pasado. En este sentido, habrá que recordar unas palabras del sociológico histórico Charles Tilly (1929-2008) que,

pese al tiempo transcurrido, no han perdido vigencia alguna: «En anteriores investigaciones comprobé una vez y otra que la experiencia española era muy comprensible en sus propios términos, pero no se adaptaba, sin embargo, a las generalizaciones que los analistas políticos extraían de las historias de Inglaterra, Prusia y Francia. Llamar excéntrica a España no tenía sentido; el defecto estaba claramente en la generalización, no en España». Carr no se equivocaba. Tampoco se puede negar que aquellos hispanistas encendieron una llama que sigue muy viva hoy.

De cómo llegó a la historia española para cambiarla

La casualidad quiso que un historiador que estaba dedicando su tiempo a analizar los precios del cobre en la Amsterdam del siglo XVI pasara su luna de miel en Torremolinos con su mujer, Sara Strickland, fallecida en 2004 y con la que tuvo cuatro hijos. Recordaba que el país le pareció tremendamente pobre y que aparentaba no pertenecer, traumatizado por su pasado más reciente, a lo que conocía del continente europeo. Que estuviera sometido por un régimen dictatorial que coartaba las libertades más esenciales, como tuvo tiempo de sufrir el recién es-

trenado matrimonio, no ayudó a mejorar su impresión. La pregunta clave apareció pronto: ¿cómo un lugar que llegó a ser hegemónico y un imperio en el pasado había acabado así? Como ya sabemos, Carr podría haberse encaminado a encontrar la respuesta poniendo el acento en la excepcionalidad española y en una visión romántica que señalaba que España era un caso especial en la historia europea. Pero no lo hizo. Guiado por Jaime Vicens Vives, buscó otra forma de narrar el pasado español. Dejó el precio del cobre y se embarcó en un proyecto que le ocupará el resto de su vida: comprender la España contemporánea, lo que entonces era algo más que un reto fascinante. Y no es un exceso estilístico, como señaló José María Areilza cuando lo visitó en Oxford décadas después. En los estantes de su despacho de trabajo había «solamente libros españoles o libros sobre España». Las bibliotecas no mienten, Carr estaba dedicado completamente a España.

Albert Raymond Maillard Carr, ese era su nombre completo, nació un 11 de abril de 1919 en la localidad de Bath en el sur de Inglaterra. Nieto de un herrero e hijo de un profesor de escuela y una trabajadora del correo postal, sus primeros años estuvieron marcados por la rutina de un paisaje agrícola en

el que vivía su humilde familia en Dorset. La pobreza y las dificultades marcaban el día a día. Carr consideró que la calidad de la comida, monótona y de sabor desagradable, le empujó a buscar otro tipo de vida lejos. Enseguida demostró ser un alumno brillante. Por ello, y contra lo habitual, consiguió llegar como becario hasta *All Souls*, el *college* más clasista de Oxford, después de haber estudiado en *Christ Church*, francés en la universidad de Besançon y, posteriormente, ocupar el puesto de *fellow* en el New College de Londres. Y ya no se marchó de aquel lugar. Irónicamente, a Carr le gustaba definirse a veces como un «granjero, historiador, asimilado por la nobleza», en otras ocasiones como un *social climber*. Pronto se codeó con la elite social, política y cultural que iba a sufrir el duro embate de la Segunda Guerra Mundial, anuncio de su lenta decadencia. Incluso, hizo el esfuerzo de aprender el acento particular de aquellos aristócratas. Quería pasar desapercibido e integrarse en su nuevo contexto, algo que sucedió sin problema, quizá recordando que antes había sido ninguneado por quien le dijo que parecía no haber estudiado en una *public school* (no nos confundamos, eran instituciones educativas para los hijos de la elite británica). Lo logró de tal manera que, al final, no se le podía distinguir de los

demás. Asimismo, tampoco podemos olvidar que se había casado con la hija de un importante banquero e iba a dedicar su docencia a la educación de la élite británica.

Aquella universidad en la que recaló era el Oxford de «la dulzura al trabajo y dignidad al ocio», en palabras de Henry James. Oxford se nutría de grandes docentes, mientras los alumnos buscaban establecer su amplia red de las relaciones sociales, algo que conocemos bien por la literatura del período, un mundo de ayer, muy alejado de la pulsión academicista por los títulos y las publicaciones de la actualidad. De hecho, un historiador tan reconocido como Carr, que llegó a ser rector de un *college* oxoniense, nunca llegó a obtener el título de doctor. Carr compartió lecturas, discusiones y amistad con otros personajes clave de la historia cultural británica: Isaiah Berlin, Hugh Trevor-Roper o Alfred J. Ayer. También fue toda su vida un viajero infatigable y, como lo describió José Varela Ortega «era además un gran *raconteur*, inquisitivo, sagaz y con una cierta vocación de comediante».

El historiador británico comenzó su carrera académica estudiando la edad moderna sueca, como consecuencia de su relación con una joven de aquel país en su paso por Alemania para aprender el

idioma, que tuvo como fruto una primera publicación sobre la participación de Suecia en la Guerra de los Treinta Años a través de dos banqueros (incluso llegó a escribir una biografía del rey Gustavo Adolfo que terminó en el fuego). También se interesó por Latinoamérica, lo que llevó a su universidad a crear una cátedra para él sobre aquella región. Posteriormente, sería el editor del volumen *Latin American Affairs* (1970) y escribiría una historia sobre Puerto Rico con fondos del propio país y en plena polémica sobre su estatuto político, donde estudiaba las relaciones entre Puerto Rico y Estados Unidos desde 1897 a 1982 (*Puerto Rico: A colonial experiment*, 1984). Pero se encontró con España, un acontecimiento que siempre consideró un «accidente» biográfico, una palabra relacionada con su amigo Nicholas Mosley, con el que rompió durante un tiempo por una novela homónima con un profesor oxoniense como protagonista, cuyo origen bien podría estar en algunos sucesos biográficos del profesor Carr.

Sus maestros en el oficio de historiador fueron, además del ya mencionado Vicens Vives, Gerald Brenan y Lewis Namier, aunque no dejó de ser nunca un lector atento de Gibbon. Al primero lo admiraba profundamente por la aproxi-

mación que había desarrollado en *The Spanish Laberint*, aunque también fue crítico con muchos de sus planteamientos más románticos. Por su parte, Namier era un mito historiográfico de la época, aunque el paso del tiempo lo ha recubierto de olvido. No es extraño que el diccionario Oxford de la lengua inglesa tuviera entradas como «namierismo», «namierizar» o «namierización». Carr descubrió en las páginas de Namier la importancia de los problemas concretos y de los individuos en toda su contradictoria complejidad. Su primer libro sobre España nació siendo un clásico, porque *Spain, 1808-1939* ejemplifica las características de la mejor historiografía británica del «individualismo metodológico» receloso de nociones abstractas e imprecisas, que tan bien ha estudiado Peter Burke. Cuando lo publicó era un auténtico desconocido, pero fue el trampolín que le erigió en una figura pública de primer nivel a la que se leía y escuchaba con atención en España. Otro accidente más fue el causante de que terminara escribiendo aquella apretada síntesis histórica. Su estimado Brenan rechazó el encargo de los historiadores Allan Bullock y F.W. Deakin como editores de una reciente colección, la *Oxford History of Modern Europe* en la Oxford University Press, que consideraban que el hispanista que

residía en Andalucía era el mejor conocedor de nuestro país. Brennan creía que ya había hecho ese trabajo con su obra clásica y quería concentrarse en la escritura creativa. Finalmente, el desafío recayó en Carr. No existía una obra de esas características en el mercado. Es cierto que había algunas tentativas de historiadores españoles, que arriesgaron la inclemencia y lucharon contra la censura y el control férreo del acceso a los archivos: Vicens Vives, Miguel Artola, Vicente Cacho Viu o José María Jover. Y es que, a mediados de la década de los cincuenta, se habían comenzado a crear los primeros departamentos universitarios de Historia Contemporánea.

El texto ocupó, desde entonces, un lugar privilegiado en la historiografía española y las guías docentes de las asignaturas de historia española. Sus libros se traducían a buen ritmo, era entrevistado en los medios de comunicación y participaba de conferencias y seminarios en el país. El éxito mediático era innegable y demostraba que se necesitaba una voz en la esfera pública de sus características, con un discurso novedoso y esperanzador. El periodista Juan Cruz señalaba al comentar esta creciente presencia: «los médicos históricos que preferimos los españoles son los anglosajones». Raymond Carr

consideraba que el siglo xx había recibido una herencia envenenada del xix con un importante atraso económico y un deficitaria vertebración estatal, que se agravaban por la falta de desarrollo democrático del sistema político. Para ello, se fijó especialmente en cuatro actores de la vida política contemporánea: el ejército, la Corona, la Iglesia y los partidos. El liberalismo decimonónico no supo, o no pudo, romper con las estructuras del Antiguo Régimen y comenzar una auténtica modernización político-económica. Y esto tendría sus consecuencias en el sistema de la Restauración, que se asentó sobre un régimen liberal que no se convirtió en una democracia normal. Tras esta primera síntesis dedicó esfuerzos significativos en desentrañar el laberinto político y social de la Guerra Civil. Como consecuencia de este creciente interés fue el editor de *The Republic and the Civil War in Spain* (1971) y escribió *The Spanish Tragedy: The Civil War in Perspective* (1977), dos libros que también se convirtieron en referencias inexcusables durante las décadas posteriores. Estos trabajos no estuvieron exentos de polémica: el historiador Herbert Southworth, que se había especializado en el bombardeo de la localidad vizcaína de Guernica, le acusó de encabezar una relectura neofranquista por contar con his-

toriadore conservadores, algunos muy cercanos al régimen. Se enva-lentonó tanto que lo acusó de cons-piración. Pero eso no fue verdad, si bien es cierto que Ricardo de la Cierva usó el volumen para llevar el agua a su molino. El tiempo, por suerte, ha puesto a cada uno en su lugar. Además, como buen liberal que era, Carr consideraba que sólo una democracia parlamentaria hubiera salvado a la Segunda República del fracaso que acabó en tragedia. Sentía, es cierto, simpatía por aquel régimen pese a sus limitaciones y su fragilidad original, que complicaron mucho su mantenimiento.

En 1979, se arriesgaba junto a su discípulo Juan Pablo Fusi a dar un paso más con la publicación de *Spain: Dictatorship to Democracy*, que en su versión española recibió el premio «Espejo de España» creado por la editorial Planeta. Con este trabajo intentaron analizar la política, sociedad y cultura del franquismo. Era un libro que demostraba tanto la osadía de ambos historiadores con su intento de elaborar una historia del presente como su compromiso por el proceso democrático, ya que llegaba a cubrir las elecciones de 1977 en su último capítulo. No era una mera anécdota: la modernidad y España se podían conjugar en presente. En el fondo, detrás de este libro se

encontraba la idea de que España no era una anomalía continental y se encaminaba a una democracia dentro de los parámetros occidentales, de la que no era refractaria. Ante los problemas con la mayoría de las fuentes, que aún no estaban disponibles, buscaron completar su acercamiento con un recorrido por aspectos centrales de la cultura popular, desde los toros al fútbol, lo que daba una información de primera mano sobre la transformación del país. Para ambos, el mayor problema al que se enfrentaba el nuevo sistema político era la persistencia de ETA y el problema vasco. En sus últimos años de vida, se replanteaba algunas cuestiones y respondía a Santos Juliá en una entrevista de forma perspicaz: «me pregunto a veces si el éxito de la transición no ha proyectado hacia atrás una mirada autocomplaciente que desvirtúa la historia tanto como la mirada de la decadencia, y donde antes se veía un país decadente ahora se ve otro muy normal».

Raymond Carr se preocupó por los relatos, sabía que sin ellos estamos perdidos. Su mirada siempre tenía una finalidad comparativa, y es que no podemos desdeñar sus amplios conocimientos de otras realidades. El relato que construyó sobre España se pudo insertar, de esta forma, en uno más amplio

de carácter europeo. No fue una hispanista al uso, eso es evidente. Nunca quiso contribuir a acrecentar una imagen distorsionada de España, sino colocarla en el mapa de los estudios históricos sobre los problemas políticos, sociales, económicos y culturales del mundo contemporáneo. Por otro lado, la primacía de lo político no nos puede hacer olvidar que también se interesó por la historia social, la historia en minúscula de los perdedores y desfavorecidos. Nunca ha desdeñado los datos empíricos que le suministraban la base para explicaciones globales. Nunca se olvidó de la importancia del acercamiento interdisciplinar, incluso cuando no estaba de moda. Sus investigaciones siempre se enriquecieron con las aportaciones de la antropología o la sociología. De hecho, abrió el *college* y sus planes de estudios a las ciencias sociales y al marxismo. En sus últimas décadas de vida, continuó repensando y narrando la historia de España (incluso con varias reediciones ampliadas y actualizadas de su obra clásica). El último ejemplo de esta particular aventura fue la edición de una historia de España en 2000, junto a otros destacados historiadores angloamericanos de la talla de Roger Collins, Felipe Fernández-Armesto, Henry Kamen o Richard Herr. En la introducción volvía a remarcar su hoja de ruta:

«su historia debería estudiarse como se estudia la de cualquier otro país importante de Europa».

También colaboró en la prensa internacional, sin olvidar sus múltiples artículos en las revistas especializadas y obras colectivas. La lista de las publicaciones que editaron sus reseñas o textos de opinión nos deja boquiabiertos: *The Spectator*, *The New York Review of Books*, *Times Literary Supplement* o *Literary Review*. Una recopilación de todo este material fue editado en España, bajo el patrocinio de la Fundación Ortega y Gasset, por Biblioteca Nueva con el significativo título de *El rostro cambiante de Clío*. No era un título sin más, remarcaba todo un programa historiográfico. Además, estas colaboraciones le permitían profundizar en temas que no aparecían después en sus libros. Esta miscelánea nos ofrece un gran retrato del historiador, ya que abras por donde abras el volumen te hará descubrir una nueva perspectiva o faceta del personaje. Por ejemplo, que fue un gran conocedor y lector de la obra de Miguel Delibes, algo que ya había demostrado en las síntesis históricas con sus amplios conocimientos sobre la literatura española. O su apasionada defensa de la tradicional caza del zorro. Es más, sabemos que los libros que más disfrutó en su elaboración fueron *English Fox*

Hunting: A History (1976) y, escrito con su mujer, *Fox-Hunting* (1982). Probablemente, Carr confirmaría la interpretación de Roger Scruton, quien aseguraba que este tipo de caza era la experiencia estética y extática de la «vida real». Para muchos practicantes esta práctica formaba parte de la definición de lo inglés. Carr se mostró crítico con los ataques e intentos de prohibir esta caza, y llegó a afirmar «a los ingleses no nos gusta que nos digan lo que tenemos que hacer».

Un epílogo

No creo que se pueda decir mucho más de lo que consignaron sus discípulos en la prensa. Muchos de ellos se beneficiaron de la creación del *Iberian Center*, más bien un seminario de trabajo e investigación. Lamentablemente, hoy ese espacio no es más un vago recuerdo en aquella universidad, pese a los intentos de la Fundación Ortega y Gasset y Charles Powell por mantenerlo con vida. El cariño y el respeto de sus recuerdos son, probablemente, la mejor carta de presentación humana e intelectual de *sir* Raymond Carr. En cualquier caso, aproximarse a este perfil único no deja de ser una tarea irre-

nunciable para conocer la historia cultural española reciente, aunque este historiador destruyó su archivo personal. Nunca dio una explicación de los motivos, una lástima. En cualquier caso, es una prueba más de que hasta los historiadores más inteligentes y perspicaces tienen miedo del pasado. Quizá porque, como dice el popular *adagio* en la profesión, el pasado también es un país extraño.

Sin el impulso de aquellos hispanistas británicos la historia española sería narrada de otra forma. Eso es evidente. A Carr le debemos el rescate de la historiografía española de la marginalidad en la que vivía y que dignificara el acercamiento historiográfico a nuestro pasado. Como reconoce M.^a Jesús González, «fue capaz de transformar la manera de escribir la historia de España». Fue maestro de muchos de los actuales maestros y sus manuales siguen siendo una cita ineludible en cualquier guía docente universitaria de la historia contemporánea española. El novelista Nicholas Mosley dijo que, estuviera donde estuviera, era él mismo. Y es que, por si no han reparado en ello, a Raymond Carr no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. ■